

UNA ROSA PARA EMILY¹

1931

WILLIAM FAULKNER

(estadounidense)

I

Cuando miss Emily Grierson murió, toda la ciudad fue al entierro: los hombres por una especie de respetuoso afecto a un monumento caído, las mujeres impulsadas sobre todo por la curiosidad de ver el interior de la casa que nadie, salvo un viejo criado —mezcla de jardinero y cocinero— había visto en diez años por lo menos.

Era una casa grande, de madera escuadrada que en un tiempo había sido blanca, decorada con cúpulas, agujas y balcones adornados con volutas en el estilo pesadamente frívolo de los setenta, situada en la que un tiempo fuera nuestra calle más distinguida. Pero los garajes y las desmotadoras de algodón habían usurpado y borrado hasta los augustos nombres de aquel barrio; solo quedaba la casa de miss Emily, irguiendo su obstinada y coqueta decadencia sobre los carros de algodón y los surtidores de gasolina, una ofensa más para los ojos, entre muchas otras. Y ahora miss Emily había ido a reunirse con los representantes de aquellos augustos nombres en el cementerio adormecido bajo los cedros donde yacían entre las alineadas y anónimas tumbas de los soldados de la Unión de Confederados muertos en la batalla de Jefferson.

En vida, miss Emily había sido una tradición, un deber y una preocupación; una especie de carga hereditaria para la ciudad desde aquel día de 1894, en que el coronel Sartoris, el alcalde —autor del edicto según el cual ninguna mujer negra debía aparecer en las calles sin delantal— la eximió de impuestos, dispensa que databa de la muerte de su padre y era válida a perpetuidad. No es que miss Emily hubiera aceptado la caridad. El coronel Sartoris había inventado la complicada historia de que el padre de miss Emily había prestado dinero a la ciudad y que la ciudad, por asuntos de negocios, prefería reembolsarlo de esta manera. Solo a un hombre de la generación y de la mentalidad del coronel Sartoris podía habersele ocurrido esto, y solo una mujer podía haberlo creído.

Cuando la nueva generación, de ideas más modernas, proporcionó alcaldes y regidores, este arreglo produjo cierto leve disgusto. El primero del año le enviaron por correo una notificación de impuestos. Llegó febrero y no hubo respuesta. Le mandaron una carta formal, pidiéndole que pasara por la oficina del sheriff cuando le fuera cómodo. Una sema-

1 Tomado de Faulkner (1956).

na más tarde el alcalde le escribió personalmente, ofreciéndole ir a su casa y mandar su coche a buscarla, y recibió como respuesta una nota en papel de forma arcaica, con una letra fina y fluida en tinta pálida para comunicarle que no salía nunca. La notificación de impuestos también iba incluida, sin comentarios.

Se reunió una sesión especial del Concejo Municipal. Fue a verla una diputación, llamó a la puerta que ningún visitante había franqueado desde que ella dejara de dar lecciones de pintura sobre porcelana ocho o diez años antes. El viejo negro los hizo pasar a un hall oscuro de donde subía una escalera a una sombra más espesa. Había olor a polvo y a desuso, un olor encerrado, húmedo. El negro los condujo a la sala. Los muebles eran pesados, tapizados en cuero. Cuando el negro abrió los postigos de una ventana, pudieron ver el cuero resquebrajado; y cuando se sentaron, un polvo ligero se levantó perezosamente alrededor de los muslos, girando en lentas motas en el único rayo de sol. Sobre un caballete de oro patinado delante de la chimenea, había un retrato al lápiz del padre de miss Emily.

Se pusieron de pie cuando ella entró, una mujer baja, gorda, de negro, con una fina cadena de oro que le bajaba hasta el talle y se perdía en la cintura, apoyada en un bastón de ébano con puño de oro opaco. Su esqueleto era pequeño y menudo; quizá por eso lo que hubiese sido mera robustez en otra, era obesidad en ella. Parecía hinchada, como un cuerpo largamente sumergido en agua inmóvil, y con la misma tez pálida. Los ojos, perdidos en los repliegues adiposos de la cara, parecían dos pedacitos de carbón metidos en un bollo de masa, pasando de una cara a otra mientras los visitantes exponían su misión.

No les pidió que se sentaran. Se quedó de pie en la puerta y escuchó tranquilamente hasta que el portavoz se detuvo balbuceando. Entonces pudieron oír el tictac del reloj invisible en el extremo de la cadena de oro.

Su voz era seca y fría.

—No tengo impuestos que pagar en Jefferson. El coronel Sartoris me lo explicó. Quizás uno de ustedes logre acceso a los archivos de la ciudad y dé satisfacción a todo.

—Ya lo hemos hecho. Somos autoridades de la ciudad, miss Emily. ¿No recibió un aviso del sheriff, firmado por él?

—Recibí un papel, sí —respondió miss Emily—. Quizá se cree el sheriff... No tengo impuestos que pagar en Jefferson.

—Pero no hay en los libros nada que lo pruebe. Nosotros tenemos que...

—Vean al coronel Sartoris. (El coronel Sartoris hacía casi diez años que había muerto). No tengo impuestos que pagar en Jefferson. ¡Tobe!

—El negro apareció:

—Acompañe a los señores.

II

De esta manera los venció, decididamente, como había vencido a los padres de ellos diez años antes en el asunto del olor. Aquello fue a dos años de la muerte de su padre y poco tiempo después de que su novio —el que creímos que se casaría con ella— la abandonara. Después de la muerte de su padre salió muy poco; después que se marchó su novio, la gente no la vio más. Algunas señoras tuvieron la temeridad de ir a visitarla, pero no fueron recibidas, y la única señal de vida en el lugar era el negro —un hombre joven entonces— que entraba y salía con una canasta de compras.

—Como si un hombre —cualquier hombre— pudiera mantener una cocina en condiciones —decían las señoras; de modo que no se sorprendieron cuando el olor apareció. Era otro vínculo entre el mundo grosero, prolífico, y los encumbrados y poderosos Grierson.

Una vecina se quejó al alcalde, el juez Stevens, de ochenta años.

—¿Pero qué quiere que haga, señora? —dijo.

—Pues mándele una orden para que termine —respondió la mujer—. ¿No hay una ley?

—Estoy seguro de que no será necesario —dijo el juez Stevens—. Probablemente es solo una víbora o una rata que el negro mató en el patio. Le hablaré del asunto.

Al día siguiente recibió dos quejas más, una de un hombre que se lamentó tímidamente.

—La verdad es que tenemos que hacer algo, juez. Sería el último en el mundo en molestar a miss Emily, pero tenemos que hacer algo.

Aquella noche se reunió el Concejo Municipal, tres barbianos y un hombre joven de la nueva generación.

—Es muy sencillo —dijo—. Mándele decir que haga limpiar la casa. Dele cierto tiempo para hacerlo, y si no...

—El diablo me lleve, señor —replicó el juez Stevens—, ¿acusará a una señora, en su cara, de oler mal?

Entonces, al día siguiente, después de medianoche, cuatro hombres cruzaron el césped de miss Emily y merodearon alrededor de la casa como ladrones, husmeando el basamento de ladrillos y las aberturas del sótano mientras uno de ellos ejecutaba un rítmico movimiento de siembra sacando la mano de una bolsa que le colgaba del hombro. Hundieron la puerta del sótano y lo espolvorearon con cal lo mismo que todas las dependencias. Cuando cruzaban de nuevo el césped, una ventana que estaba oscura se iluminó y allí se sentó miss Emily, con la luz detrás, y el erguido torso inmóvil como el de un ídolo. Se deslizaron silenciosamente por el césped, bajo la sombra de las acacias que bordeaban la calle. Después de una o dos semanas, el olor desapareció.

Fue entonces cuando la gente empezó a compadecerse verdaderamente de ella. La gente de nuestra ciudad, recordando cómo la vieja lady Wyatt, su tía abuela, había terminado por volverse completamente loca, pensó que

los Grierson se consideraban quizá demasiado superiores para lo que en realidad eran. Ningún joven era bastante bueno para miss Emily. Durante mucho tiempo los imaginamos como en un cuadro: miss Emily, esbelta figura vestida de blanco, en el fondo; su padre, silueta de piernas separadas, en primer plano, dándole la espalda y con un látigo en la mano, los dos encuadrados por la puerta principal abierta de par en par. De modo que cuando llegó a los treinta y seguía soltera, no nos agradó precisamente, pero nos sentimos vengados; aun con locura en la familia, no hubiera rechazado todas las oportunidades si verdaderamente se hubiesen presentado.

Cuando su padre murió, corrió el rumor de que la casa era todo lo que le quedaba, y en cierto modo la gente se alegró. Por fin podían compadecerse de miss Emily. Al quedar sola y en la miseria, se había humanizado. Ahora ella también conocería el viejo entusiasmo y la vieja desesperación por un centavo más o menos.

Al día siguiente de la muerte todas las señoras se prepararon a visitar la casa y ofrecer condolencias y ayuda, como es de rigor. Miss Emily las recibió en la puerta, vestida como de costumbre y sin señales de pesar en el rostro. Les dijo que su padre no había muerto. Lo hizo durante tres días mientras los pastores y los doctores iban a verla tratando de persuadirla de que los dejara disponer del cuerpo. Cuando estaban por recurrir a la ley y a la fuerza, cedió y enterraron al padre rápidamente.

No dijimos entonces que estaba loca. Parecía lo único que podía hacer. Nos acordábamos de todos los jóvenes que su padre había ahuyentado, y sabíamos que no quedándole nada, tenía que aferrarse a aquello que la había despojado, como siempre ocurre.

III

Estuvo enferma durante mucho tiempo. Cuando volvimos a verla se había cortado el pelo, cobrando una apariencia de muchacha y una vaga semejanza con esos ángeles de los vitrales de iglesia, algo trágicos y serenos.

La ciudad acababa de firmar los contratos para pavimentar las aceras, y en el verano que siguió a la muerte del padre empezaron los trabajos. La compañía constructora llegó con negros, mulas y máquinas, y un capataz llamado Homer Barron, yanqui, un hombre grande, moreno, listo, con una voz fuerte y los ojos más claros que la cara. Los chicos lo seguían en grupos para oírlo maldecir a los negros, y para oír a los negros que cantaban al mismo compás con que levantaban y bajaban los picos. Muy pronto conoció a todo el mundo en la ciudad. Cada vez que se oían grandes carcajadas en la plaza, Homer Barron debía estar en el centro del grupo. Pronto empezamos a verlo con miss Emily los domingos por la tarde conduciendo el coche alquilado de ruedas amarillas con su par de caballos bayos.

Al principio nos alegramos de que miss Emily se interesara en algo, porque todas las señoras decían:

—Por supuesto, una Grierson no puede pensar seriamente en un hombre del norte, en un jornalero.

Pero otras gentes, de más edad, decían que ni siquiera la pena debía hacer olvidar a una verdadera dama que *noblesse oblige*², sin decir *noblesse oblige*. Solo decían:

—Pobre Emily. Sus parientes deberían venir a verla.

Tenía algunos en Alabama; pero años antes su padre había reñido con ellos por la herencia de la vieja señora Wyatt, la loca, y las dos familias no se trataban. Ni siquiera habían asistido al entierro.

Y en cuanto los viejos dijeron: «Pobre Emily», empezaron los cuchicheos. «Usted cree que es realmente así», se decían. «Claro que sí. Qué otra cosa podría...». Esto detrás de las manos; crujidos de seda, de raso que se estira detrás de las persianas cerradas, al sol de las tardes de domingo mientras pasaba el liviano, veloz clop-clop-clop de los dos caballos: «Pobre Emily».

Llevaba la cabeza bastante alta, aun entonces, cuando nosotros creíamos que estaba arruinada. Era como si más que nunca exigiera el reconocimiento de su dignidad como última de los Grierson, como si se hubiera necesitado ese toque de vulgaridad terrenal para reafirmar su impermeabilidad. Lo mismo que cuando compró el veneno para ratas, el arsénico. Esto fue más de un año después de que empezaron a decir «Pobre Emily», y mientras sus dos primas estaban de visita en su casa.

—Quiero veneno —dijo al boticario. Tenía más de treinta años entonces, era todavía una mujer esbelta, aunque más delgada que de costumbre, con ojos fríos, altaneros en una cara con la carne tensa hacia las sienes y alrededor de las órbitas, tal como uno imagina que debe ser la cara de un guardafaro.

—Quiero veneno.

—Sí, miss Emily. ¿De qué clase? ¿Para ratas o algo por el estilo? Yo le recom...

—Quiero el mejor que tenga. No me importa la clase.

El boticario nombró varios.

—Matarían un elefante. Pero lo que usted quiere es...

—Arsénico —dijo miss Emily—. ¿Es bueno?

—¿El... el arsénico? Sí, señora. Pero lo que usted quiere...

—Quiero el mejor que tenga. No me importa la clase es... Quiero arsénico.

El boticario la miró. Ella le devolvió la mirada, erguida, con su cara como una bandera desplegada.

—Pues naturalmente —dijo el boticario—. Si es eso lo que usted quiere. Pero la ley exige que diga para qué va a usarlo.

Miss Emily se limitó a clavarle la mirada, con la cabeza echada hacia atrás para mirarlo a los ojos, hasta que él desvió los suyos, fue a buscar el arsénico y lo envolvió. El negrito mandadero le llevó el paquete; el boticario no volvió. Cuando abrió el paquete al llegar a su casa, en la caja, bajo la calavera y las tibias, había esta inscripción: «Para ratas».

2 *Noblesse oblige*: nobleza obliga. (En francés en el texto original).

IV

De modo que al día siguiente todos dijimos: «Se matará»; y dijimos que sería lo mejor. Al principio, cuando se la veía con Homer Barron, habíamos dicho: «Se casará con él». Luego dijimos: «Terminará por convencerlo», porque el mismo Homer había advertido —le gustaban los hombres, y era sabido que bebía con los más jóvenes del Elk's Club— que no era hombre para casarse. Más tarde dijimos: «Pobre Emily», detrás de las persianas cuando pasaban el domingo a la tarde en el coche resplandeciente, miss Emily con la cabeza alta y Homer Barron con el sombrero ladeado y un cigarro entre los dientes, las riendas y el látigo en un guante amarillo.

Entonces algunas señoras empezaron a decir que era una vergüenza para la ciudad y un mal ejemplo para los jóvenes. Los hombres no quisieron intervenir, pero al final las señoras obligaron al pastor bautista —la familia de miss Emily era episcopal— a que fuera a verla. Nunca quiso revelar lo que había sucedido durante aquella entrevista, pero se negó a volver. El domingo siguiente salieron de nuevo en coche por las calles, y al otro día la esposa del pastor escribió a los parientes de miss Emily en Alabama.

Así fue como tuvo otra vez parientes bajo su techo y nos sentamos a esperar los acontecimientos. Al principio no ocurrió nada. Entonces tuvimos la seguridad de que iban a casarse. Supimos que miss Emily había ido a la joyería y ordenado un juego de tocador para hombre, de plata, con las letras H. B. en cada pieza. Dos días más tarde nos enteramos de que había comprado un ajuar completo de hombre, incluyendo un camisón, y dijimos: «Se han casado». Nos alegramos de verdad. Nos alegramos porque las dos primas eran más Grierson aún de lo que nunca había sido miss Emily.

De modo que no nos sorprendimos cuando Homer Barron —las calles estaban terminadas desde hacía un tiempo— se fue. Nos decepcionó un poco que no hubiera festejos públicos, pero creímos que se había ido a preparar la llegada de miss Emily, o para darle una oportunidad de librarse de sus primas. (Por aquel tiempo todos conspirábamos y éramos aliados de miss Emily en la tarea de embaucar a las primas). Lo cierto es que después de otra semana se marcharon. Y como lo habíamos esperado, a los tres días Homer Barron estaba de vuelta en la ciudad. Un vecino vio al negro haciéndolo entrar por la puerta de la cocina una tarde, al crepúsculo.

Y esa fue la última vez que vimos a Homer Barron. Y a miss Emily por un tiempo. El negro entraba y salía con la canasta del mercado, pero la puerta del frente permanecía cerrada. De vez en cuando la veíamos en la ventana un momento, como los hombres aquella noche que despa-

rramaron la cal, pero durante casi seis meses no apareció en las calles. Entonces comprendimos que era de esperarse; como si esa modalidad de su padre que había perturbado tantas veces su vida de mujer hubiese sido demasiado virulenta y demasiado furiosa para morir.

Cuando volvimos a ver a miss Emily, estaba gorda y su pelo iba poniéndose gris. En los diez años siguientes fue encaneciendo cada vez más hasta adquirir un color hierro, entre pimienta y sal. Hasta el día de su muerte a los setenta y cuatro años conservó ese vigoroso gris hierro, como el de un hombre activo.

A partir de aquel momento la puerta permaneció cerrada, salvo por un período de seis o siete años, cuando tenía unos cuarenta, durante el cual dio lecciones de pintura sobre porcelana. Instaló un taller en una de las habitaciones de la planta baja, donde las hijas y las nietas de los contemporáneos del coronel Sartoris le eran enviadas con la misma regularidad y el mismo espíritu con que las enviaban a la iglesia los domingos con una moneda de veinticinco centavos para la colecta. Por aquel tiempo quedó eximida de pagar los impuestos.

Entonces la nueva generación se convirtió en el fundamento y el alma de la ciudad, y las discípulas de pintura crecieron y se dispersaron y no le enviaron a sus hijas con las cajas de colores, los tediosos pinceles y las figuras recortadas de las revistas femeninas. La puerta se cerró tras la última y permaneció cerrada para siempre. Cuando la ciudad obtuvo la distribución gratuita del correo, solo miss Emily se negó a permitir que fijaran los números de metal sobre su puerta y a poner un buzón. No quiso escuchar nada.

Todos los días, todos los meses, todos los años veíamos al negro, cada vez más gris y más encorvado, entrar y salir con la canasta del mercado. Cada mes de diciembre le enviábamos un recibo de impuestos que era devuelto por el correo una semana más tarde, no reclamada. De vez en cuando la veíamos en una de las ventanas de abajo —evidentemente había clausurado el piso alto de la casa— como el torso de un ídolo en un nicho, mirándonos o no, nunca pudimos saberlo. Así pasó de generación en generación, querida, inevitable, impenetrable, tranquila y perversa.

Y luego murió. Cayó enferma en la casa llena de polvo y sombras, con solo un negro decrepito para cuidarla. Ni siquiera supimos que estaba enferma; hacía mucho que habíamos renunciado a obtener algún informe del negro. No hablaba con nadie, probablemente ni siquiera con ella, porque su voz se había vuelto ronca y áspera como por falta de uso.

Murió en uno de los cuartos de abajo, en una pesada cama de nogal con una cortina, la cabeza gris sobre una almohada amarillenta y enmohecida por el tiempo y la falta de sol.

El negro recibió a la primera de las señoras en la puerta principal y las hizo entrar con sus voces sordas, cuchicheando y sus rápidas, curiosas miradas; luego desapareció. Atravesó toda la casa, salió por atrás y no volvió a vérselo.

Las dos primas llegaron enseguida. Efectuaron el entierro el segundo día, y la ciudad fue a mirar a miss Emily bajo una masa de flores compradas, con el retrato al lápiz de su padre soñando profundamente sobre el ataúd y las señoras cuchicheantes y macabras, y los muy viejos —algunos con sus cepillados uniformes de Confederados— en el porche y el césped, hablando de miss Emily como si hubiera sido su contemporánea, imaginando que habían bailado con ella y que la habían cortejado quizá, confundiendo el tiempo con su progresión matemática, como lo hacen los viejos, para quienes el pasado no es un camino que disminuye sino, en cambio, una vasta pradera que ningún invierno toca jamás, separada de ellos por el estrecho cuello de botella de los últimos diez años.

Ya sabíamos que había una habitación arriba que nadie viera en cuarenta años, y que debería ser forzada. Se esperó a que miss Emily estuviese decentemente en tierra para abrirla.

La violencia necesaria para derribar la puerta pareció llenar aquel cuarto de penetrante polvo. Un tenue, acre sudario como el de la tumba parecía extenderse sobre toda aquella habitación adornada y amueblada como para unas nupcias: sobre las cortinas de damasco de un rosa desvanecido, sobre las pantallas rosadas, sobre la mesa de tocador, sobre los delicados adornos de cristal y los objetos masculinos de tocador con el dorso de plata empañada, tan empañada que el monograma estaba oscurecido. Entre ellos había un cuello y una corbata, como si alguien acabara de quitárselos, y que al levantarlos dejaron sobre la superficie una pálida media luna en el polvo. De una silla colgaba el traje, cuidadosamente doblado; debajo, los dos mudos zapatos y los calcetines desechados.

El hombre mismo estaba tendido en la cama.

Durante largo rato permanecimos allí inmóviles, mirando el rictus profundo y descarnado. Era evidente que el cuerpo había yacido alguna vez en la actitud del abrazo, pero ahora el largo sueño que sobrevive al amor, que conquista la mueca misma del amor, le había puesto los cuernos. Lo que quedaba de él, podrido bajo los restos del camisón, era ya inseparable de la cama; y sobre él y sobre la almohada, a su lado, se extendía aquella capa uniforme de polvo paciente y obstinado.

Entonces notamos que en la segunda almohada se ahondaba la huella de una cabeza. Uno de nosotros recogió algo e inclinándonos, con aquel tenue e invisible polvo seco y acre en la nariz, vimos una larga hebra de pelo gris hierro.

